

Vicent Soler*

El obispo y la alcaldesa



El trato que la alcaldesa Barberà ha cerrado con el arzobispo García-Gasco en el tema del solar de l'Almoína traerá cola. Es lógico, porque no es de recibo que, con la finalidad de ubicar en ese solar un necesario Museu Arqueològic (tal

y como un servidor propuso hace cuatro años en su condición de concejal), el Ajuntament de València obtenga el mero uso del mismo por 75 años (¿para qué lo querrá después el arzobispado?) a cambio de ceder la propiedad de seis solares municipales tipificados urbanísticamente como suelo público, es decir, suelo para ubicar escuelas, centros de salud, jardines o cosas parecidas (ya oiremos —es de suponer— a las asociaciones de padres y de vecinos).

Un trato vejatorio para los intereses de la ciudad que se ha realizado con tretas y marrullerías de catón: los valores de los solares han sido tasados a conveniencia en un intento de *honorabilizar* una operación que, siendo piadosos, habría que catalogar de tomadura de pelo al vecindario. ¿Cómo calificar, si no, que el uso temporal del solar de 2.308 m² de l'Almoína, valorado por la Universitat Politècnica en 197 millones (más otro solar adjunto de 33 millones), se *compense* con la propiedad de los seis solares de 11.074 m² (que equivalen a más de 16.000 edificables), valorados en 473 millones —según el inventario municipal— y que la alcaldesa ha reducido en valor para esta operación, tasándolos en sólo 230 millones?

Ésta es una actuación que nos retrotrae a los años más oscuros del nacional-catolicismo franquista: la autoridad civil regalando patrimonio del contribuyente (no suyo particular, que sería muy libre de hacerlo) a una confesión religiosa. La alcaldesa Barberà se ha saltado a la torera el carácter aconfesional del Estado español actual y el espíritu constitucional del respeto a todas las confesiones religiosas. Ha querido capitalizar para sí y su partido una relación de privilegio con la jerarquía de la Iglesia católica, confesión mayoritaria entre los valencianos, con cargo a las arcas públicas.

El papel del arzobispo tampoco ha sido edificante. A diferencia de uno de sus antecesores, monseñor Olaechea, que en plena época del nacional-catolicismo tuvo el detalle de complementar los óbolos tradicionales con una tómbola en la plaza de

la Virgen, García-Gasco ha ido a lo fácil para mejorar los caudales diocesanos. Ha tentado (o se ha dejado tentar, da igual) a la alcaldesa con una operación de estas características, sabiendo que Barberà lo pondría fácil por las afinidades ideológicas que les unen, entre las que cabe destacar el profundo conservadurismo social y político (pertenecen a las alas más duras de sus respectivos entornos, uno de la Conferencia Episcopal y la otra del PP) y el radical nacionalismo español (sirva como ejemplo que las resistencias de ambos a la recuperación del uso público del valenciano producen vergüenza ajena). Sin duda, la imagen de tejemanejes inmobiliarios no beneficia a una diócesis y un arzobispado que no se distinguen por su sensibilidad social dentro de la propia Iglesia católica.

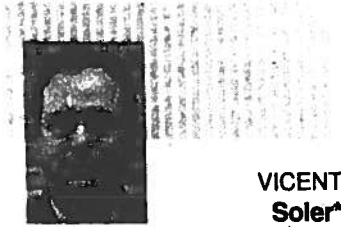
El ruido ambiental que la alcaldía ha propiciado para ensordecer a quienes querían entender los perfiles de esta operación inmobiliaria ha acabado echando más gasolina al fuego. Un ruido que pretende ocultar, por ejemplo, que esta operación se pasa por el forro un acuerdo preliminar previo del propio ayuntamiento —que impulsó un servidor en su momento que consiguió la unanimidad— que apuntaba a una transacción equitativa de carácter patrimonial. Un ruido que, para más inri, intenta sustentar la defensa de la operación en una cierta compensación a Iglesia por el carácter desamortizador (si que tiene el plan de ordenación urbana vigente (redactado por la malvada izquierda local) porque cataloga —nada más nada menos— como suelo escolar a todos los colegios existentes, también a los colegios religiosos. Todo un ruido y argumentación que vienen a corroborar el sectarismo ideológico y la prepotencia que la alcaldesa Barberà adorna su gobierno de mayoría absoluta.

Este final de siglo nos está deparar una escalofriante vuelta al pasado, con actitudes que creíamos enterradas por siempre. Aquel viaje al centro que el poder del momento está intentando realizar desde el principio de los tiempos choca permanentemente con comportamientos muchos de sus cargos públicos, como la alcaldesa Barberà, que no pueden disimular su pertenencia a la *derechona* más *naïf*. Con operaciones inmobiliarias como la que ha cerrado con el arzobispo, podemos entender un poco más de qué quiere la alcaldesa Barberà, de qué va carcajada persistente con la que nos seguía cada vez que aparece en público.

* Universitat de València

Cuanto más cerca de la Iglesia, más lejos de Dios. Lancelot Andrewes

Un arzobispo muy politizado



VICENT
Soler*

HABLAR de la jerarquía católica siempre es complicado al tratarse de la confesión religiosa mayoritaria y tradicional en nuestra sociedad y de una comunidad de creyentes en la que no funciona el principio democrático de elección de sus pastores.

Por el contrario, funciona el principio de cooptación de acuerdo con la asunción que son los sucesores de los Apóstoles de Cristo. El resultado es que, en más de un caso, el obispo de turno no actúa en la misma longitud de onda que muchos de sus feligreses. O, lo que es peor, se deja llevar por sus propias convicciones mundanas y las hace beligerantes en la sociedad aprovechando la autoridad moral que se le atribuye. Con frecuencia, las ideas políticas forma el grueso de esas convicciones mundanas.

Viene todo esto a cuento de que, por desgracia, aquí en Valencia, tenemos un arzobispo que usa y abusa de su incuestionable autoridad religiosa para repartir mandobles políticos a diestra y siniestra, sobre todo a siniestra. Ni el arzobispo Olaechea, en pleno franquismo, llegó a tanto.

Opina sobre los temas políticos más diversos y lo hace concienzudamente en el momento más propicio para los intereses de un partido político, en concreto del PP, con el que ha construido una tupida red de intereses. Los solares que Rita Barberá le ha proporcionado a precio de ganga, las facilidades del president Camps para el funcionamiento de la Universidad Católica —bordeando la legalidad vigente en asuntos como el de la Facultad de Medicina— o la persistente opacidad en el oneroso presu-

puesto de la visita papal sólo son unos botones de muestra.

Ya fue gracioso que una de sus p meras declaraciones mundanas fuera para protestar porque los valencianos le llamaban García Gascó (Gascó es un apellido de larga tradición valenciana) y no Gasco, como si estirpe castellana requiriera. Con esa convicción neocolonial, de castellan militante, ha continuado ejerciendo su cargo dificultando, por ejemplo cualquier atisbo de recuperación de valenciano en la liturgia. O tratándose una cierta concepción de España — España como una mera Castilla ampliada— como una condición moral

Ahora tiene a medio mundo en ascuas —hasta el periódico italiano *La Repubblica* habla de ello— porque ha dedicado un nuevo templo nada más ni nada menos que a Los Mártires de la Cruzada. Es decir, a muertos en el bando sublevado durante la barbarie incivil del 36, cuando justamente se está reivindicando la memoria de los otros, de los republicanos sepultados por el silencio de la historia de los vencedores. Se ve que, como está cercana su jubilación, ha echado el resto.

Creemos que los valencianos, creyentes o no, nos merecemos otro tipo de responsable de la Iglesia local. Es verdad que una actitud como la del actual arzobispo no sería concebible en un lugar donde la curia autóctona no estuviese en profunda complicidad con el forastero. Pero, por algún lugar hay que romper este cerco de autismo pastoral, social y cultural al que una confesión religiosa tan importante está abocada desde hace mucho tiempo.

¿Sería tan difícil que el próximo arzobispo fuera de aquí, hablase también valenciano, fuese políticamente neutral, sensible evangélicamente a los problemas de los más débiles y comprensible con una sociedad que está cambiando a la carrera en este primer tramo del siglo XXI?

*Catedrático de Economía de la Universitat de València.

El arzobispo y los guardianes de la jerarquía



VICENT
Soler*

HACE pocos días, con profundo dolor de corazón e inmensa tristeza, no crean, critiqué al arzobispo de Valencia, señor García-Gasco (*Un arzobispo muy politizado*, Levante-EMV, 12-7-2007). Lo hacía desde el respeto más absoluto a su incuestionable autoridad religiosa, pero con el derecho que me asiste cuando, desde su libertad personal, opina sobre política.

Tamaño osadía no podía pasar impune y, pocos días más tarde, el periodista Juan Ivars, a quien no tengo el gusto de conocer, me replicaba (*El forastero*, Levante-EMV, 21-7-2007), como también lo hacía el concejal del PP de Valencia Miguel Domínguez, a quien sí tengo el gusto (*Asesinados por sus creencias*, Levante-EMV, 25-7-2007).

Me apresuro a agradecer las respuestas porque muestran que el tiempo no pasa en balde. En el siglo XIX quizá me hubieran enviado a la hoguera, como le ocurrió al maestro valenciano Gaietà Ripoll, en 1826, el último ajusticiado por la Inquisición española, siendo arzobispo, Simón López. Ahora, los guardianes de la jerarquía sólo flagelan al incómodo opinante con una altiva retahíla de desautorizaciones personales que da miedo. Pero, como digo, con todo, es un gran paso adelante.

Para comenzar, según uno de estos guardianes, la crítica al arzobispo la hace «quien da la sensación de tener unos marcados prejuicios contra todo lo que representa la Iglesia católica». Ni se le pasa por la cabeza a este señor –ya es sintomático– que sea por lo contrario, por valorar mucho el papel de la Iglesia en la sociedad. El otro guardián intenta poner en un brete al osado críticón inquiriéndole si leía to-

das las homilias del arzobispo Olaechea para opinar sobre este monseñor. Como si los libros de historia no sirviesen también para conocer la realidad, como el de Ramir Reig y Josep Picó, *Feixistes, rajos i capellans* (PUV, 2004), en el caso del arzobispado de don Marcelino.

Para demonizar aún más al heterodoxo, cogen el rábano por las hojas convirtiendo meras descripciones en acusaciones a la comunidad de creyentes. Por ejemplo, cuando se apuntaba que la *cooptación* de los obispos responde a la convicción eclesial de que son los sucesores de los apóstoles de Cristo. O cuando se afirmaba que un arzobispo de fuera (un forastero, ya sea de Toledo, de Ripoll, de Perpiñán o de Sebastopol) tiene muy difícil materializar sus ideas y convicciones si no cuenta con la complicidad de la curia autóctona.

Pero lo que es más lamentable: pasan sobre ascuas sobre las críticas más importantes. Por ejemplo, para salir al paso de la grave denuncia de que el arzobispo ha dificultado la recuperación del valenciano en la liturgia, el periodista Ivars se va por los cerros de Úbeda echándole en cara al denunciante su poca asistencia a misa. O pasándose medio artículo regodeándose de que todo un catedrático haya puesto *comprensible* donde debía haber puesto *comprensivo*.

Y en el asunto mollar del artículo primigenio, que era la denuncia de la activa acción política de monseñor García-Gasco al servicio de los intereses del PP valenciano, los guardianes de la jerarquía sencillamente lo eludían con argumentaciones *inatacables*. Miren, si no. El concejal arremetía contra el articulista de marras –un servidor– porque carecía de autoridad al respecto ya que «se le ve una marcada tendencia política». El razonamiento del periodista era más fino: «que no tuto è política aunque a alguns les parezca y además les guste». Ahí queda eso.

Además, niegan la mayor: no hay una tupida red de intereses entre el arzobispado y las instituciones valencianas en manos del PP. Es decir, no es verdad que, por el derecho de uso por 75 años del solar de

l'Almoina (de 2.308 m²), la señora Rita Barberá ha cedido la propiedad de seis solares municipales (de 11.074 m²), tipificados urbanísticamente como suelo público (destinado, pues, para escuelas, centros de salud, jardines y cosas parecidas), al arzobispado. Es decir, que ha proporcionado solares a precio de ganga y a costa de servicios ciudadanos perentorios.

Tampoco es verdad, según los replicantes, que el Gobierno del señor Camps permita que la Universidad Católica –una universidad creada con todo derecho, porque le ha dado la gana al señor arzobispo– matricule en la carrera de Medicina sin que ni siquiera el Ministerio de Educación haya dado los parabienes imprescindibles. Y tampoco es verdad que un año después aún no sepamos cuánto nos ha costado a los contribuyentes la visita papal. Es decir, que los botones de muestra que se aportaban para demostrar los intereses cruzados entre arzobispado y PP eran pura imaginación de una mente zafia.

Como tampoco es verdad que, entre los asesinados en la barbarie inevil del 36, unos han merecido el homenaje permanente en las fachadas de las iglesias y ahora el arzobispo les dedica un templo –los que apoyaron el alzamiento contra el Gobierno– y otros han continuado sepultados en el olvido –los que defendieron la República como régimen democrático legítimo–, más allá de sus convicciones religiosas, como les pasó a muchos católicos practicantes. La pena capital a Luis Lucia y su propia muerte, tras las penalidades carcelarias, es un ejemplo paradigmático. Pero también podemos traer a colación el fusilamiento del líder democristiano Carrasco i Hormiguera o los de curas vascos.

Suerte que la Iglesia católica no es solamente la que sonríe –¿ustedes también, señores Ivars y Domínguez?– a los fervorosos aplausos que recibe la alcaldesa Barberá cuando acompaña en procesión a la Mare de Déu dels Desemparats por la calle Cavallers, ganándole en el aplaudiómetro a la propia Virgen. Suerte que hay también muchos católicos valencianos que viven el Evangelio en otra longitud de onda, lejana del oropel, tratando de impregnar su entorno del respeto y la solidaridad para con los otros –sobre todo, con los que más lo necesitan– que aprendieron del Maestro.

* Catedrático de Economía de la Universitat de València.

⇒ «Suerte que hay también muchos católicos valencianos que viven el Evangelio en otra longitud de onda, lejana del oropel, tratando de impregnar su entorno del respeto y la solidaridad para con los otros –sobre todo, con los que más lo necesitan– que aprendieron del Maestro...»

Otro arzobispo



VICENT
Soler*

LLEVAMOS más de dos meses hablando de la controvertida figura y obra de Agustín García Gasco, arzobispo de Valencia desde hace quince años. Un debate que quisiéramos que se atuviese a argumentos y no a juicios de intenciones, aunque haya polemistas que no lo logren.

Por ejemplo, el sacerdote del Opus Dei don Pablo Cabellos (*Ciudadano García-Gasco, Levante-EMV, 1-9-07*) que tilda a un servidor de intolerante porque he criticado las intervenciones políticas del arzobispo. Como si la incuestionable libertad que tiene el ciudadano García Gasco para opinar no diese pie a la libertad de los demás para poder discrepar de lo que dice y hace. Una libertad, por cierto, que me permite sostener, sin acritud, que no es de recibo utilizar el oficio episcopal para hacer política, en plena democracia.

Como tampoco considerar que su opinión es imprescindible en asuntos de la convivencia ciudadana porque, como escribió el prestigioso filósofo católico, Jacques Maritain, tiempo ha (*Questions de conscience, 1938, 190*), «cuanto más capaces son los ciudadanos católicos de un país de actuar como personas políticamente adultas... mejor puede concentrar [la jerarquía eclesiástica] sus esfuerzos en su tarea esencial, que consiste en conducir las almas a la vida eterna».

Y, como no quisiéramos mezclar churras con merinas, que sea El Vaticano quien valore la labor de don Agustín como prelado. Una labor, para muchos, más cerca del oropel y del poder mundano que de las tareas pastorales. Más interesado por el patrimonio material de

la Iglesia que por el espiritual. Porque, ¿por qué dimitió el obispo auxiliar Rafael Sanus? ¿Por qué cristianos nonagenarios, como Josep Lluís Bausset, critican su terquedad en impedir que el valenciano sea la lengua propia de la iglesia valenciana? ¿Cómo se explican las trifulcas con la otra universidad católica? ¿O los contenciosos sobre patrimonio inmobiliario que ha acumulado en su largo episcopado?

¿O la profunda incomodidad de muchos católicos valencianos —más allá de los círculos de las comunidades de base, del Grup de Rectors del Disabte o del mundo de la revista *Saó*— ante el sesgo autoritario, conservador y de militancia política de su pastor? No es casualidad que sus guardianes más solícitos suelen ser destacados miembros de las prelaturas, legiones e institutos seculares de mayor militancia conservadora, como el señor Cabellos.

Hablemos claro. El arzobispo de Valencia forma parte del núcleo más duro del episcopado español, de los que les gustaría volver al nacional-catolicismo de la época de Franco y de los que aun están por homenajear a los mártires de la Cruzada del 36 con un templo. De hecho, como secretario de la Conferencia Episcopal, se encargó, en su momento, de deshacer el avance conciliar que había liderado el cardenal Vicent Enrique i Tarancón (sintomáticamente, nadie de su entorno fue al homenaje que rindió el Consell Valencià de Cultura el otro día al cardenal valenciano). Del grupo de obispos que, en fin, van cogidos de la mano de los sectores que ahora mandan en el PP. Que, a cambio, el PP le haya

⇒ *El arzobispo de Valencia forma parte del núcleo más duro del episcopado español*

propuesto para cardenal y le haya hecho favores entra dentro de lo explicable, aunque no de lo admisible.

Por eso, discrepo de mi apreciado colega Fernando Romero (*Por iniciativa del arzobispo, Levante-EMV*), en lo que concierne al famoso convenio del solar de l'Almoína. Un convenio que empezó a tramitar de manera razonable la alcaldesa Clementina Ródenas y que su sucesora, Rita Barberá, sólo concretó, muchos años después, cuando el Arzobispado vio colmadas sus exigencias, al obtener concesiones administrativas para construir templos en solares municipales previstos para servicios públicos de carácter universal (educación, sanidad, tercera edad, jardines, etcétera).

Como tener fe es una gracia de Dios, según la doctrina católica, pero no es obligatorio, los templos no prestan servicios de carácter universal, aunque sean perentorios para la parte del vecindario que practica los Mandamientos de la Iglesia. Aunque sólo fuese por esa razón, este convenio ha sido un mal negocio para la ciudad. Las explicaciones de Blanca Blanquer del otro día en este periódico me ahorran mayores comentarios al respecto. Y, como decía también Maritain (*Raison et raisons, 1948, 259*), «pienso que sería contrario al bien común temporal, en la actual situación, conceder un privilegio determinado a una religión, aunque fuera la verdadera».

Esperemos que otro arzobispo, el que nos enviará El Vaticano un día de estos, sepa estar a la altura de las circunstancias, como cristiano, como prelado, como ciudadano y como valenciano. Es decir, que sepa ser pastor espiritual de todos los católicos valencianos —no solamente de los privilegiados socialmente— y, en política, que los deje actuar como personas adultas.

* Catedrático de Economía. Universitat de València.